

Y al viento dió su trémula querella,
 Del profundo dolor suspenso un rato.
 « ¡A Dios por siempre, dijo, reina bella,
 De madres y princesas gran modelo,
 Gloria de Portugal, de España estrella!
 ¡Cuántas semillas de tristeza y duelo
 De perpetuo crecer y hondas raíces,
 Deja tu ausencia al castellano suelo!
 Ya mas no te hallarán los infelices
 Que socorrió tu mano, ni el guerrero
 Te mostrará sus largas cicatrices.

Ni escucharás el viva placentero
 Del pueblo aclamador que en tierra fijos
 Sus ojos cambia en luto lastimero.

De tí esperaba el fin á los prolijos
 Y acerbos males que discordia impura
 Sembró con larga mano entre tus hijos.

No pocos ¡ay! no pocos en oscura
 Mansion al deudo y la amistad cerrada
 Redoblan hoy su llanto de amargura.

Otrosgimiendo por su patria amada
 El agua beben de estrangeros rios
 Mil veces con sus lágrimas mezclada.

Mas si oye el cielo los sollozos mios,
 Si un ángel lleva al solio refulgente
 Mensagero de paz los votos pios,

Por tí tendrá del Padre omnipotente
 Mi rey consuelo en su mortal quebranto,
 Prosperidad y union la hispana gente. »

Dijo, y tornó á llorar. Callada en tanto
 Con ademan doliente se acercaba
 La regia comitiva al templo santo.

Ya el cántico sagrado se escuchaba
 Del cóncavo metal al ronco trueno
 Que en los atrios inmensos resonaba.

¡Ay! que ya para siempre aquel sereno
 Rostro, en medio á las preces funerales,
 Mármorea tumba recibió en su seno.

Dándola entonces los eternos vales,
 Cayó la losa : al lúgubre alarido
 Retemblaron las urnas sepulcrales,
 Y en su centro se oyó largo gemido.

III.

A LA MUERTE DE LA S^a DUQUESA DE FRIAS.

ELEGIA.

Al sonante bramido
 Del piélago feroz que el viento ensaña
 Lanzando atras del Turia la corriente ;
 En medio al denegrido
 Cerco de nubes que de Sirio empaña
 Cual velo funeral la roja frente ;
 Cuando el cárabo oscuro
 Ayes despide entre la breña inculta,
 Y á tardo paso soñoliento Arturo
 En el mar de occidente se sepulta ;
 A los mustios reflejos
 Con que en las ondas alteradas tiembla
 De moribunda luna el rayo frio,
 Daré del mundo y de los hombres lejos
 Libre rienda al dolor del pecho mio.

Si, que al mortal á quien del hado el ceño
 A infortunios sin término condena,
 Sobre su cuello mísero cargando
 De uno en otro eslabon larga cadena ;
 No en jardin halagüeño,
 Ni al puro ambiente de apacible aurora
 Soltar conviene el lastimero canto
 Con que al cielo importuna.
 Solitario arenal, sangrienta luna
 Y embravecidas olas acompañen
 Sus lamentos fatídicos. ¡ Oh lira,
 Que escenas solo de afliccion recuerdas :
 Lira que ven mis ojos con espanto,
 Y á recorrer tus cuerdas
 Mi ya trémula mano se resiste!
 Ven, lira del dolor : PIEDAD no existe.

¡ No existe, y vivo yo! ¡ No existe aquella
 Gentil, discreta, incomparable amiga,
 Cuya presencia sola
 El tropel de mis penas disipaba!
 ¡ Cuándo en tal hermosura alma tan bella
 De la corte española
 Mas digno fué y espléndido ornamento!
 ¡ Y aquel mágico acento
 Enmudeció por siempre, que llenaba

De inefable dulzura el alma mia!
 ¿Y qué? fortuna impía,
 Ni su postrer adios oír me dejas?
 ¿Ni de su esposo amado
 Templar el llanto y las amargas quejas?
 ¿Ni el estéril consuelo
 De acompañar hasta el sepulcro helado
 Sus pálidos despojos?
 ¡Ay! Derramen sin duelo
 Sangre mi corazón, llanto mis ojos.

¿Por qué, por qué á la tumba,
 Insaciable de víctimas, tu amigo
 Antes que tú no descendió, Señora?
 ¿Por qué al menos contigo
 La memoria fatal no te llevaste
 Que es un tormento irresistible ahora?
 ¿Qué mármol hay que pueda
 En tan acerba angustia los aciagos
 Recuerdos resistir del bien perdido?
 Aun resuena en mi oído
 El espantoso obús lanzando estragos,
 Cuando mis ojos ávidos te vieron
 Por la primera vez. Cien bombas fueron
 A tu arribo marcial salva triunfante.
 Con inmóvil semblante
 Escucho amedrentado el son horrendo
 De los globos mortíferos, en torno
 Del leño frágil á tus pies cayendo,
 Y el agua que á su empuje se encumbraba
 Y hasta las altas grímpolas saltaba.

El dulce soplo de favonio en tanto
 Las velas hinche del bajel ligero,
 Sin que salude con festivo canto
 La suspirada costa el marinero.
 Ardiendo de la patria en fuego santo,
 Insensible al horror del bronce fiero,
 Fijar te miro impávida y serena
 La planta breve en la menuda arena.
 ¡Salve, ó Deidad! del gaditano muro
 Grita la muchedumbre alborozada:
 ¡Salve, ó Deidad! de gozo enagenada
 La ruidosa marina
 Que á tí se agolpa y el batel rodea,
 Levanta al cielo el aclamar sonoro,
 Como al aplauso del celeste coro
 Salió del mar la hermosa Citerea.

Absortas contemplaron
 El fuego de tus ojos
 Las bellas ninfas de la bella Gádes:
 Absortas te envidiaron
 El pié donoso y la mejilla pura,
 El vivo esmalte de tus labios rojos,
 El albo seno y la gentil cintura.
 Yo te miraba atónito: no empero
 Sentí en el alma el pasador agudo
 De bastarda pasión, que á dicha pudo
 Del honor y el deber la ley severa
 Ser á mi pecho impenetrable escudo.
 ¿Mas quién el homenaje
 De afecto noble, de amistad sincera
 Cual yo te tributé, cuando el tesoro
 De tu divino ingenio descubria,
 Que en cuerpo tan gallardo relucía
 Como rico brillante en joya de oro?

¿Cuántas! ¡ay! qué apacibles
 Horas en dulces pláticas pasadas
 Bétis me viera de tu voz pendiente!
 ¿Cuántas en las calladas
 Florestas de Aranjuez el eco blando
 Detuvo el paso á la tranquila fuente!
 Ya el primor ensalzando
 Que al fragante clavel las hojas riza
 Y la ancha cola del pavon matiza;
 Ya la varia fortuna
 Del cetro godo y del laurel romano;
 O el poder sobrehumano
 Que de un soplo derroca
 De alto solio al triunfador de Jena,
 Y con duras amarras le encadena,
 Como al antiguo Encélado, á una roca.

Pero otro don magnífico, sublime,
 Mas alto que el ingenio y la hermosura
 Debiste al Criador, vivaz destello
 De su lumbré inmortal, alma ternura.
 ¿Cuándo, cuándo al gemido
 Negó del infeliz oro tu mano,
 Ayes tu corazón? El escondido
 Volcan que decoroso
 Tu noble aspecto revelaba apenas,
 Un infortunio, un rasgo generoso
 Un sacrificio heroico hervir hacia.
 Entonces agitado

Tu rostro angelical resplandecía
 De mas purpúreo rosicler cubierto :
 Del seno relevado
 La estraña conmocion, el entreabierto
 Labio, las refulgentes
 Ráfagas de tus ojos
 Que entre los anchos párpados brillaban,
 Las lágrimas ardientes
 Que á tus negras pestañas asomaban ;
 El gesto, el ademan, los mal seguros
 Acentos, la espresion.... ; Ah! nunca, nunca
 Tan insigne modelo
 De estro feliz, de inspiracion divina
 Mostró Casandra en los dardanos muros
 Ni en las lides olímpicas Corina.

Y solo al santo fuego
 De un pecho tan magnánimo pudiera
 Deber tu amigo el aire que respira.
 Solo á tu blando ruego
 La Amistad se vistiera
 Máscara y formas del Amor su hermano.
 ¿Quién sino tú, Señora,
 Dejando inquieta la mullida pluma
 Antes que el frio tálamo la Aurora,
 Entrar osára en la mansion del crimen?
 ¿Quién sino tú del duro carcelero
 Menos al son del oro empedernido
 Que al eco de los míseros que gimen,
 Quisiera el ceño soportar? Perdona,
 Cara PIEDAD, que mi indiscreta musa
 Publique al mundo tan heróico ejemplo,
 Y que mi gratitud cuelgue en el templo
 De la santa Amistad digna corona.

En el mezquino lecho
 De cárcel solitaria
 Fiebre lenta y voraz me consumia,
 Cuando sordo á mis quejas
 Rayaba apenas en las altas rejas
 El perezoso albor del nuevo dia.
 De planta cautelosa
 Insólito rumor hiere mi oido :
 Los vacilantes ojos
 Clavo en la ruda puerta, estremecido
 Del súbito crugir de sus cerrojos ;
 Y el repugnante gesto
 Del fiero alcaide mi atencion escita,

Que hácia mí sin cesar la mano agita
 Con labio mudo y sonreir funesto.
 Salto del lecho, y sígole azorado,
 Cruzando los revueltos corredores
 De aquella triste y lóbrega caverna
 Hasta un breve recinto iluminado
 De moribunda y fúnebre linterna.

Y á par que por oculto
 Tránsito desaparece
 Como vision fantástica el Cerbero,
 De nuevo estraño bulto
 Sombra confusa que se acerca y crece,
 La angustia dobla de mi horror primero.
 ¿Mas cuál mi asombro fué cuando improvisa
 A la pálida luz mi vista errante
 Los bellos rasgos de PIEDAD divisa
 Entre los pliegues del cendal flotante!
 ¿Por qué, por qué benigna,
 Clamé bañado en llanto de alborozo,
 Osas pisar, Señora,
 Esta morada indigna
 Que tu respeto y tu virtud desdora?
 ¿Ah! si á la fuerza del inmenso gozo
 Del placer celestial que el alma oprime
 Hoy á tus plantas espirar consigo,
 Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.

— A este oscuro aposento
 No á que de pena ó de placer espire
 La voz de la amistad mis pasos guia,
 Sino á esforzar tu desmayado aliento
 Contra los golpes de la suerte impía.
 Su cuello al susto y la congoja doble
 El que del crimen en su pecho sienta
 El punzante aguijon; que al alma noble
 Do la inocencia plácida se anida,
 Ni el peso de los grillos la atormenta,
 Ni al son de los cerrojos se intimida.
 Recobra, amigo caro,
 La esperanza marchita
 Y el digno esfuerzo del varon constante.
 Pronto será que el astro rutilante
 Que jamas estas bóvedas visita,
 De la calumnia vil triunfar te vea :
 Mi fausto anuncio tu consuelo sea.

— Serálo, sí; lo juro:

Y aunque ese llanto que tu rostro inunda
 Vaticinio tan próspero desmiente,
 No me hará de fortuna el torvo ceño
 Fruncir las cejas, ni arrugar la frente;
 Que el dichoso mortal á quien risueño
 Mira el destino..... No acabé: á deshora
 La aciaga voz del carcelero escucho,
 Diciendo: es tarde: baste ya, Señora.
 — ¡Adios! ¡adios! Del vulgo malicioso
 Que al despuntar del sol sacude el sueño
 Temo el labio mordaz: adios te queda.
 — Aguarda. — ¡Adios!..... y en soledad sumido
 Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido
 Barrer las gradas la crugiente seda.

¡O digno, ó generoso
 Dechado de amistad! ¡O alegre día!
 ¿Y en dónde estás, en dónde,
 Angel consolador, Duquesa amada,
 Que no te mueve ya la angustia mia?
 ¡Gran Dios! ¡y ni responde
 De su esposo infeliz al caro acento,
 Aunque en la tumba helada
 Lágrimas de dolor vierte á raudales!
 ¡Ni de su triste huérfana el lamento
 Con ambos brazos al sepulcro asida
 Ablanda sus entrañas maternales!
 ¡O dulces prendas de su amor! Al mármol
 En balde importunais: hará el rocío
 Del venidero abril que al campo vuelva
 La verde pompa que abrasó el estío;
 Mas no esperéis que el túmulo sombrío
 La devorada víctima devuelva,
 Ni á sus profundos huecos
 Otra respuesta oír que sordos ecos.

En él de bronce y oro,
 Inclito vate, entallarán cinceles
 Vuestro heróico blason, entretegiendo
 Con sus antiguas palmas tus laureles.....
 ¡Inutil afanar! La sien ceñida
 De adelfa y mirto, pulsará tu mano
 La dolorosa cítara, moviendo
 Con sus blandas querellas
 El Orbe todo á compasion..... ¡En vano!
 Resonarán con ellas
 Mis gemidos simpáticos, y el coro
 De cuantos cisnes tu infortunio inspira

Alzar podrá á su gloria
 Noble trofeo en canto peregrino.
 Mas ¡ay! ¿podrá su lira
 Forzar las puertas del Eden divino?
 ¿Y el diente ensangrentado
 Del áspid arrancar en tí clavado?

A mas alto poder, mísero amigo,
 Los ojos torna y el clamor dirige
 Que entre sollozos lúgubres exhalas;
 Y al Ser inmenso que los orbes rige,
 En las rápidas alas
 De ferviente oracion remonta el vuelo.
 Yo elevaré contigo
 Mis tiernos votos: y al gemir de aquella,
 Que en mis brazos creció, cándida niña,
 Trasunto vivo de tu esposa bella,
 Dará benigno el cielo
 Paz á su madre, á tu afliccion consuelo.
 Sí, que hasta el solio del Eterno llega
 El ardiente suspiro
 De quien con puro corazon le ruega,
 Como en su templo santo el humo sube
 Del balsámico incienso en vaga nube.

IV.

A LA MUERTE DE JUDAS.

SONETO.

Cuando el horror de su traicion impía
 Del falso apóstol obcecó la mente,
 Y del árbol fatídico pendiente
 Con rudas contorsiones se mecía;
 Complacido en su mísera agonía
 Mirábale el demonio frente á frente,
 Hasta que al fin, del término impaciente,
 De entrambos pies con ímpetu le asía.
 Mas ya que vió cesar del descompuesto
 Rostro la agitacion convulsa y fiera,
 Señal segura de su fin funesto,
 Con infernal sonrisa placentera
 Los labios puso en el deforme gesto,
 Y el beso le volvió que á Cristo diera.